

LA LUCHA DE CLASES

SEMANARIO SOCIALISTA OBRERO

AÑO VIII

Número suelto, 5 céntimos.

BILBAO, 1.º DE MAYO DE 1901.

Veinticinco ejemplares, 75 céntimos.

NUM. 343



1.º DE MAYO

Dos objetos principales tiene la fiesta que hoy celebramos los trabajadores.

En uno está comprendida la condena que del régimen social presente hace la clase que produce la riqueza y carece hasta de lo más necesario para la vida.

En otro se manifiesta la esperanza de que la Humanidad llegue á una era de justicia en que todos los hombres tengan los mismos derechos y los mismos deberes.

La clase trabajadora, cada vez más percatada de que tiene derecho á una vida mejor, muestra en este día sus fuerzas, su cohesión y su propósito de concluir con un régimen social que es amparador de iniquidades sin cuento, causante de encarnizadas luchas y fuente de perennes dolores. Da prueba de su amor al ideal y espera confiada.

Los obreros de la inteligencia no son indiferentes al propósito que hoy nos congrega. Prueba de ello es el presente número. A nuestra invitación para que colaborasen en él, han respondido generosamente médicos, cateóricos, abogados y otros hombres que se distinguen en las esferas de la ciencia y del arte. Dámosles á todos las gracias.

¡A celebrar nuestra fiesta, trabajadores! Protestemos contra nuestros dolores pasados y presentes, y confiemos en el porvenir.

LA REDACCION

La Prensa socialista es la única que defiende los intereses de los trabajadores y propaga las ideas que han de redimirlos. Contribuid, pues, á su sostenimiento y difundidla entre todos los explotados.

LA IGLESIA Y EL SOCIALISMO

Do me parece que anda acertada aquella fracción socialista que declara y ha declarado—hasta de un modo bastante solemne—que la religión es un asunto por completo privado, y que en el gremio socialista pueden perfectamente figurar individuos pertenecientes á las más distintas y hasta opuestas religiones.

Sería ello perfectamente aceptable, si se refriese el problema al espíritu religioso que en cada uno domine, á la religión racionalista que cada individuo puede haberse formado para su privativo uso, diferente de la de los demás; es decir, á una especie de iglesias, cada una de las cuales no comprendería más fieles que el respectivo fundador de las mismas. Tantas religiones é iglesias, como individuos.

Pero no suele entenderse de esta manera el asunto. Cuando se dice que el socialista, sin dejar de serlo, puede pertene-

cer á la religión que le plazca, en lo que se piensa es en las religiones llamadas positivas, esto es, oficiales, congregaciones de fieles con un credo común, con sus autoridades indiscutibles, etc.; se piensa, sobre todo, en las religiones predominantes en Europa y América, y muy en especial en la católica romana.

Y yo pregunto: ¿se puede ser á la vez lo uno y lo otro? ¿socialista é hijo sumiso de la Iglesia de Dios?

La contestación creo que no puede ser sino esta: «hasta cierto punto»; esto es, mientras y hasta donde la Iglesia misma lo consienta. Del propio modo que no se puede ser católico y liberal, á no ser que la Iglesia lo permita, y si no lo permite, como sucede cuando condena el liberalismo, no pueden profesar éste los católicos, mientras quieran permanecer siendo católicos—pues en el rebaño de Cristo, las ovejas no tienen otra misión que escuchar y seguir las enseñanzas y mandatos que quieran darles sus legítimos pastores, puestos precisamente por el mismo Dios

conservadores, á saber: resistir el torrente progresivo mientras pueden, y luego, cuando se ven con el agua al cuello, tratar de desviarlo hacia sus tierras, para hacer de él allí lo que les plazca.

¿Por qué, si no por esto, le ha entrado á la gente de Iglesia, desde León XIII con sus encíclicas *De conditione*, etc., para abajo, la comezón por entrometerse en las cuestiones sociales y obreras, cosa que no habían hecho antes? ¿Por qué pretenden fundar y desarrollar el llamado «socialismo cristiano», que es un socialismo con propiedad individual y con otras cosas por el estilo?

P. DORADO

La jornada de ocho horas.

La grandiosa *Fiesta del Trabajo* puede decirse que ha entrado ya en las costumbres. Todo el mundo la acepta, y el carácter de universalidad que la distingue y

tino *guttea cavat lapidem non bis sed sepe cadendo*.

La constante y firme voluntad de la masa proletaria ha de llegar á conseguir aquella mejora para cuya obtención puede decirse que la *Fiesta del Trabajo* ha sido instituída: la *jornada legal de ocho horas*.

No se trata, después de todo, de ilusiones, de fanasmagorías, de modernismos que por serlo espantan á muchas gentes. A estos *laudatores temporis acti*, para acabar con sus escrúpulos y para animar en su empresa á los que tenazmente trabajan por elevarse, les brindamos los siguientes recuerdos del tiempo viejo, que prueban la antigüedad de la reforma solicitada.

Adam Smith, en su libro *Riqueza de las naciones*, habla de la jornada de ocho horas vigente entre los mineros de entonces (último tercio del siglo XVIII); el agrónomo Marschal escribía en 1787 que la mayoría de los labradores trabajan generalmente ocho horas cada día; la *Factories Commission* (1833) hace constar el testimonio de varios antiguos tejedores

que declararon que hacia 1745, cuando ellos comenzaban el oficio, no trabajaban más que diez horas, cinco días por semana, y que dedicaban el sábado á entregar la obra ó á cultivar el jardín.

Ya mucho antes parece que Inglaterra era notada por la corta duración del día de trabajo. Fuller, autor del libro *Church History*, creía que las pequeñas jornadas y la abundancia en el alimento eran causa de la inmigración de los tejedores flamencos que se establecieron en ese país en tiempos de Eduardo III, y sir John Fortescue, «chief justice» en el reinado de Enrique VI, escribía desde su destierro de Francia «que no podía plantearse aquí el

Jurado porque los franceses estaban tan rendidos de su duro trabajo que sería imposible encontrar doce hombres honrados que tuvieran el suficiente vigor mental para entender en un negocio un poco complicado», deduciendo de esto que debiera atribuirse la existencia de ciertas libres instituciones en Inglaterra á que el pueblo gozaba de más tiempo desocupado que en otras naciones.

Adolfo A. BUYLLA

Oviedo, abril de 1901.

EL SUFRAGIO

DENTRO de pocos días el cuerpo electoral deberá intervenir (?), por ministerio de la ley y por obra de la prerrogativa real, en la designación de unas nuevas Cortes. Esta circunstancia hace que sea oportuno hablar del sufragio, del voto político, sobre todo, á lectores y electores de las clases obreras.

¿Por qué?



CUTANDA—Victimas del trabajo. (Original).

para este fin—, de idéntica manera, y por igual motivo, el socialista que pretenda vivir dentro de la grey que acaudillan el papa, los obispos y los presbíteros, tendrá que ser socialista si á éstos les parece bien, y sólo en la proporción en que ellos se lo toleren. De suerte que si los pastores dicen—como lo suelen decir en efecto, y lo ha dicho S. S., el *siervo de los siervos de Dios*—que la propiedad privada es de derecho natural, y por consiguiente intangible, el socialista tendrá que constituirse en defensor de esta forma de propiedad y renegar de uno de los principios cardinales del Socialismo, acaso el más fundamental de todos. Con lo que dejará de ser socialista, aun cuando desee seguir llamándose tal.

Desentrañemos los equívocos y deslindeemos claramente las situaciones á que suelen dar lugar. O al vado ó á la puente. Y sospechemos siempre de la conducta que en estos asuntos ha comenzado á seguir la «Iglesia de Pedro»; la misma conducta que ha seguido en otras cosas (en materia científica, por ejemplo), y la misma que suelen seguir todos los elementos

afirma es tan completo, que no sólo la han proclamado con entusiasmo reflexivo y feñaz los obreros del mundo civilizado, sino que la toleran sin protesta las clases sociales que comenzaron por protestar contra ella como cosa expuesta á producir muy serios peligros para la propiedad y hasta para las personas de los ricos, pidiendo á grandes voces que los gobiernos repriniaran enérgicamente la solemne manifestación del proletariado, y hoy, convencidos á fuerza de hechos del carácter pacífico de la solemnidad, ó acaso penetrados de la justicia de las reivindicaciones que el día 1.º de mayo se reproducen con admirable *terquedad*, han concluído por recibirla sin manifiesta alteración de su habitual manera de vivir.

Es esta, entre otras muchas, prueba patentísima de que la revolución no consiste en la subversión violenta del orden establecido, una vez que basta para introducir en él reformas profundas y con mayores probabilidades de arraigo, el *suaviter in modo et fortiter in re*, y, sobre todo, lo que puede llamarse insistencia evolutiva, tan gráficamente expresada en el proverbio la-

Por muy diversas razones, pero especialmente por una.

En efecto, quizá ninguna fuerza social podría imponer en España de veras esa labor urgentísima que los políticos han llamado *saneamiento* del sufragio, como los obreros, si éstos se dieran clara cuenta de lo que el voto significa y á lo que obliga, y empleasen en su defensa muchos de los procedimientos que emplean para defender otros intereses, muy importantes sin duda, pero no más capitales que el sufragio, en una comunidad política moderna.

El sufragio es muchas cosas: por de pronto es un medio, una facultad que supone en quien lo tiene, y además lo sabe ejercer, un poder de una naturaleza muy culta y elevada, porque no es violento ni material, y porque bien manejado produce en las sociedades cultas efectos superiores y más permanentes que, v. gr., las luchas civiles y las guerras sangrientas. Discútase cuanto se quiera el valor, la eficacia y hasta la justicia del sufragio; al fin habrá que admitir que donde lo hay de veras, donde el ciudadano cree que el voto sirve para algo—aunque no sea para tanto como se le figura—, las contiendas políticas toman un aire más civil y humano que bajo un régimen de fuerza con soluciones que se imponen en el campo de batalla. ¿Negará nadie que significa un progreso lo de resolver las luchas políticas á votos en vez de resolverlas á tiros?

Por eso quienes falsean el sufragio, se burlan de él ó lo corrompen, en vez de procurar perfeccionarlo, ya que no inventan otra cosa mejor, son unos criminales.

De otro lado, el sufragio obliga á quien lo tiene á ejercerlo en serio, y á defenderlo, no como una facultad personal, de que se dispone como se quiere, sino como un medio ó función—*función cívica*— que la comunidad política, el Estado, le reconoce, para expresar sinceramente su opinión ó designar la persona que mejor la interprete. De ahí que quien vende el sufragio, quien, sin venderlo, lo emite á cambio de un servicio personal, ó quien, sencillamente vota, sin tener en cuenta para nada el efecto de su voto... obra mal, muy mal, falta á su deber.

Ahora bien: siendo el sufragio todo eso, poder, función, deber cívico, ¿cuánto no podría hacer la gente obrera—numerosa y disciplinada—para elevarlo en este país desdichado, en donde el sufragio anda como tantas otras cosas por los suelos, prostituido?... ¿No ven todos lo que tienen con tener el sufragio? ¿No vale la pena defenderlo?

Y defenderlo contra todos, claro es, contra los que lo falsean y roban; pero además hay que defenderlo como cosa de dignidad personal—la dignidad política: un gran bien moral—, contra quienes valiéndose de su posición quieren cohibir al elector pobre, asalariado, obligándole á votar contra sus convicciones.

En esto es en lo que las clases obreras podrían hacer mucho. ¿Cómo? Muy sencillo: poniendo en recabar el ejercicio libre, efectivo, del sufragio, algo del empeño que ponen en sus reivindicaciones económicas, y hasta empleando, como al principio indico, análogos medios para conseguirlo.

Adolfo POSADA

UNA SENTENCIA

SOBRE ACCIDENTE DEL TRABAJO

EN una revista madrileña, *Nuestro Tiempo*, he hablado largamente de un magistrado francés, M. Magnaud, que se ha hecho justamente famoso por el profundo sentido de justicia de sus sentencias. Los obreros deben aprenderse de memoria ese nombre y deben conocer y estudiar, de manera especialísima, los fallos en que Magnaud ha resuelto cuestiones referentes al derecho de los trabajadores. Creo hacer á éstos un servicio mayor que el que pudieran representar muchos renglones míos, traduciéndoles en parte uno de esos fallos, relativo á indemnización por accidente sufrido en el trabajo.

El caso fué como sigue: El obrero D., emplea-

do en una cantera, fué muerto el 15 de julio de 1899 por el desprendimiento de una masa de tierra de un metro cúbico, próximamente, que le cayó encima desde 7-50 metros de altura. El tribunal condenó á los patronos, X hermanos, al pago de una renta anual de 1.150 francos á favor de la viuda y su hijo, menor de 16 años, más 100 francos por gastos de entierro: todo ello conforme á la ley de 9 de abril de 1898. Los patronos se opusieron á esta sentencia en la parte que recargaba la pensión por virtud de *falta inexcusable* apreciada por el tribunal, ofreciendo tan sólo el pago de 1.600 francos anuales más los gastos de entierro. El fallo de este recurso fué confirmatorio de la primera sentencia y sus considerandos principales dicen así:

«Considerando que la carga de semejante riesgo (el de un accidente) para el patrono, es tanto más racional y equitativa cuanto que éste tiene el deber y el poder de vigilar al obrero, así como de oponerse á sus imprudencias, mientras que el obrero no puede, por causa de su situación inestable y dependiente, más que oponerse con timidez, y con temor de ser expulsado, á los procedimientos expeditivos del patrono, que se dirigen, las más de las veces, á hacer rendir al trabajador un mayor beneficio; que, en fin, es sólo el obrero quien produce y quien expone su salud y su vida en provecho exclusivo del patrono, el que únicamente expone su capital...»

«Considerando que es *falta intencional* la que ha sido cometida voluntariamente para producir un accidente y crearse de esta manera derecho á una indemnización, ó también (caso infinitamente más raro) la que, cometida con fin criminal, determina un accidente cuyo autor, á consecuencia de circunstancias imprevisibles, viene á ser víctima en primer término;

«Considerando que es *falta inexcusable* la que el patrono ó el obrero hubieran podido evitar si no hubie en dado pruebas de una negligencia ó de una incuria en cierto modo culpable, y que ningún hombre cuidadoso de su vida propia ó de la de sus semejantes, ya que no de sus mismos intereses, debe cometer;

«Que tal es, por ejemplo, lo que resulta de la persistencia en el empleo de ciertos procedimientos ó modos del trabajo que la más elemental prudencia recomendaba urgentemente abandonar ó hacer abandonar, en razón de accidentes anteriormente ocurridos, y también la infracción continua y culpable de las prescripciones tutelares dictadas por leyes y reglamentos que un obrero es posible conozca sólo imperfectamente, pero que un jefe de empresa ó de industria no puede ignorar ni permitir que se infrinjan;

«Que, en efecto, la *falta del obrero será siempre más excusable que la del patrono*, porque el primero, al cometerla, habrá sido excesivamente imprudente, movido tan sólo por el deseo, muy explicable, de mejorar su situación, con frecuencia precaria, mientras que el segundo, que expone únicamente su capital, obra para aumentar sus beneficios sin arriesgar la vida;

«Que de la información abierta resulta que a cantera T... ha sido explotada siempre del mismo modo irregular y peligroso, sin que nunca X hermanos, ó su representante, se hayan opuesto, ni siquiera hecho la menor objeción á este propósito, no obstante haberse producido anteriormente dos accidentes causados por desprendimientos;

«Que, además, circunstancia muy grave también, se tiraban con gran frecuencia en la cantera barrenos para hacer que saltase la masa explotable, y que la última explosión se remontaba á pocos días antes y se produjo á unos metros tan sólo del trozo de tierra causa del accidente, aumentando así las probabilidades de un desprendimiento brusco...»

Creo que no es preciso copiar más. Si la ley española de accidentes del trabajo encontrase intérpretes como Magnaud, ¿qué mayor perfección podría desearse? Vale más un buen juez que una legislación muy acabada. Pero ¿hallará imitadores Magnaud? Para que los halle propagnemos sus doctrinas.

Rafael ALTAMIRA

El reinado social de Cristo.

El reinado social de Cristo.

UN sombrío filósofo tudesco, muerto trágicamente poco ha, proclamó un día la muerte del cristianismo y el retorno á la ley de la fuerza. Era un filósofo genial que decía cosas extraordinarias.

Lanzó también él «su sistema», que hay que agregar á los mil sistemas de los filósofos precedentes. No es en él todo nuevo ni todo bueno, pero no importa: la humanidad no es una concepción filosófica, sino una realidad tangible que marcha hacia sus destinos movida por algo más sólido y consistente que un sistema de filosofía tudasca donde se exalta á los tiranos.

Decir que el cristianismo ha muerto es una aventura intelectual excesiva y un enorme error histórico. Porque á poco que se observe, se verá que el cristianismo, como efecto social, empieza ahora, que ha operado una gestación de siglos en las entrañas de la humanidad y que comienza á realizarse modelando á las sociedades en un ideal de justicia. No vale proclamar una moral si no hay ambiente económico para que se desarrolle: el cristianismo ha estado latente esperando el momento en que las condiciones de la vida material hiciesen posible el florecimiento de todos sus elementos éticos.

Ningún movimiento humano aborta si logra, como el cristianismo, echar raíces en todas las conciencias. Cada día despiertan mayores protestas las guerras injustas, el despotismo, las violencias, la explotación. Las reivindicaciones obreras son acogidas por la opinión con creciente simpatía, y todos los instintos contemporáneos anhelan lo equitativo y lo justo.

Si en el cristianismo ha muerto algo, no es ciertamente su moral humanitaria, lo que tiene de social. Puede decirse que ha terminado el ciclo del cristianismo teológico y que comienza el ciclo de la sociología cristiana, y mientras no se haya realizado, no acariciará la humanidad formas nuevas de sentir y de pensar.

Nada hay definitivo bajo el sol. La moral se gasta como todo con el uso y el abuso; pero la moral cristiana apenas se ha estrenado todavía, ahora empieza á llevarse, y está hecha de un tejido espiritual demasiado sólido para que se desgare tan pronto. Quizás está llamada á regir durante siglos á la especie, y después Dios dirá ó lo dirá la especie misma, que es la primera interesada en proseguir la ascensión libertadora con los ojos puestos en el alto ideal de sus destinos.

Las bárbaras cruzadas de la Edad Media esgrimieron un cristianismo mortífero y feudal. No podían concebir otro. Era un cristianismo errante y agresivo que ponía todo su ideal en degollar musulmanes.

Hoy el proletariado universal se mueve en una cruzada más grandiosa. No va á la conquista vana de una Palestina que guarda un sepulcro vacío. Ha resucitado el justo, su espíritu flota sobre las masas, las cuales, en su acción concertada, trabajan más eficazmente que toda institución política ó religiosa por el reinado social de Cristo.

T. O.

EL TIPO HUMANO

EL TIPO HUMANO

DE un ensayo histórico *Ley de la Civilización y de la Decadencia* saca B. O. K. Adams la consecuencia de que el tipo de selección de la actual sociedad, el que mejor se adapta á las condiciones que ella impone, el *abstractum* (podría decirse) de todo el orden de civilización hoy imperante, es el tipo económico, cuyos modelos más perfectos son actualmente los Rothschild, los Rhodes, los directores de *trust* americanos, etc., en el sentido en que estos y sus congéneres, los fuertes para la lucha, lo son en tanto que cuentan con aptitudes excepcionales de economía, de astucia, de falta de escrúpulos y de coacción, y, en fin, de todas las condiciones necesarias para hacerse dueños de la mayor cantidad de riqueza posible sin mirar el cómo ni á trueque de qué y prescindiendo de todo otro cuidado y miramiento que no sea el de evitar ciertos efectos de las leyes, que aun cuando hechas por ellos, ó en su provecho, pudieran en algún caso muy excepcional colocarlos en situación fastidiosa si no comprometida.

De los datos que el mismo Brooks Adams nos suministra, resulta, por otra parte, que la aparición del tipo económico ha marcado siempre el principio de la decadencia de la civilización que necesariamente lo produjo.

Y, en efecto, al adquirir éste preponderancia y dominio sobre el tipo imaginativo que es su opuesto, puede decirse que la evolución histórica ha alcanzado el grado de intensidad y perfección á que puede conducirnos; y una vez en este punto culminante de una civilización, viene y ha venido siempre y fatalmente la decadencia, que si entre los romanos tardó siglos en ser definitiva (pues el tipo económico existía ya bastante desarrollado en la época de Augusto) fué debido á la influencia de los llamados bárbaros, que constantemente renovaban la viciada y empobrecida sangre romana infiltrando en ella la savia imaginativa que le faltaba.

Tal sucedió también en Fenicia y Cartago, como más tarde en Bizancio y Venecia.

¿A qué altura de civilización así entendida nos encontramos?

Es indudable que actualmente predomina el tipo económico en la mayoría de las naciones, aun entre aquellas en que su casi totalidad se compuso siempre de imaginativos, y verdal también en éstos

tienen á desaparecer ó que por lo menos se hace cada vez más difícil encontrarlos. ¿Haremos llegado al punto culminante de nuestra evolución histórica?

Evidentemente lo hemos rebasado, y la lógica y los hechos demuestran que estamos en el principio de una decadencia.

Sólo que de la decadencia de una civilización dada no se sigue que haya de producirse una regresión; antes al contrario, todo indica hoy que el fin de esta evolución, histórica que pudiera ser también el de los tipos imaginativo y económico, habrá de ser el principio de otra nueva civilización (que ya parece vislumbrarse), cuyo tipo de selección obligado é inevitable sería el meramente humano.

ILUNDAIN

Paris, abril de 1901.

ILUSOS!

ILUSOS!

ASÍ nos llaman gentes que se tienen por sensatas, aunque crean que el martes es día de mal agüero, y se refrenan en los otros cuando en el desarrollo de nuestras ideas llegamos á afirmar que en lo porvenir, cuando exista el Socialismo, no habrá guerras, no habrá delitos, no habrá hambre, la salud será más general entre los hombres y la fraternidad reinará entre los humanos.

Y, sin embargo, nada más cierto. Preguntan esos pozos de seriedad y de cultura á las personas competentes en la materia, se llamen ó no socialistas, y les dirán lo mismo que nosotros decimos.

Cualquier estrategia sostendrá que la guerra cada vez es más reducida y menos cruenta, y que por su gran coste pasa á ser privilegio de las grandes potencias; que la guerra arruina por igual á vencedores y á vencidos y que por otra parte hay que pensar si para los pueblos el mantenimiento de ejércitos permanentes no equivale á la guerra misma.

Cualquier penalista mostrará cómo el delito, siendo un producto social, sólo removiéndose las condiciones actuales podrá aminorarse, y que los crímenes feroces y brutos se transforman en los países adelantados en delitos de astucia, para cuya preservación basta la superior cultura de la posible víctima.

Cualquier economista, aun no socialista, hará patente cómo las asoladoras hambres de otros tiempos han desaparecido casi por completo, existiendo tan sólo en aquellos pueblos que representan tipos sociales antiguos; cómo la miseria de las masas en las naciones modernas también disminuye; cómo gran número de instituciones sociales mejora la condición del trabajador, y cómo «cada día vale más el trabajo y menos el dinero».

Cualquier médico dirá que la falta de higiene pública y privada marcha á la par con la miseria, y su desarrollo es paralelo á la prosperidad y riqueza de los pueblos; que los naciones se persuaden de que lo que se gasta en higiene se compensa con creces con el incremento de población y con el aumento del término medio de la vida, de modo que si no se hacen inmortales los hombres, al menos viven más y mejor.

Cualquier moralista, hombre de ciencia (no ideólogo, ni pesimista sistemático) afirmará que la bondad humana cada vez es mayor, y que precisamente el espejismo de los que sostienen lo contrario se funda en que, siendo ellos mejores que antes, sienten como mal lo que antes no sentían; que los odios entre pueblos y regiones dejan de existir cuando éstos se conocen, y que la repugnancia á la violencia y la conmiseración ajena, más que producto de la razón, es ya cosa de instinto para el mayor número.

Y si esto contestan los representantes de la ciencia, cada cual en el terreno de su competencia, ¿qué valor tendrán los denuestos ni la risa de nuestros adversa-

1837 y 1874; ¿para qué, infelices? Para que un clavelero adinerado pudiese comprar votos como se compran patatas, y para que tales abusos encontrasen apoyo en la autoridad nombrada por un viejo progresista.

¡Dad vuestra sangre para esto; pelead para no poder usar libremente de los derechos que tan valientemente habéis defendido!

¡Desgraciados! Vosotros, como tantos otros españoles, gracias á la apatía de todos y á la sinvergüencería de los Gobiernos, cuando creíais pelear por ideas, habéis luchado en realidad por si «había de ser perro ó perra quien os mordiese».

De todos modos perdiendo se aprende, aunque en este trance no se ha perdido todo, que al menos el derecho está escrito, si quiera tenga en contra al Poder y al dinero.

Tenéis el derecho y... tenéis también bríos, y—¡qué diablo!—creo yo que el Demóstenes, el Cicerón, el Mirabeau, el Argüelles, el don Joaquín María López, el ilustre clavelero que asombró á las generaciones, al mundo todo son los despampanantes fulgores de su oratoria, con sus habilidades políticas, dignas de un Metternich ó de un Cavour, no se volverá á llevar el acta ó por lo menos no se la llevará «de rositas».

En serio. Habéis peleado como el que más por los derechos; sois merecedores de que se respete vuestra voluntad y de que se os ampare cuando ejerzáis las libertades, y haréis bien, ya que las autoridades van, según las traxas, á faltar á su deber, en haceros respetar.

El arráez Maltrapillo.

EL HIJO

SE moría el pobre chiquillo, y gracias debían darle á Dios porque se lo llevaba por la posta. Encanijado, escrofuloso, viciada la sangre, manchada la piel por repugnantes erupciones, la infeliz criatura, á pesar de todos los timbres nobiliarios que sobre su cabeza habían amontonado cien ilustres ascendientes, era lo que se llama un pingajo humano.

Allí estaba en una cama que parecía un trono, en el centro de una lujosa alcoba, envuelto en holandas, sedas y encajes, todo lo cual hacía resaltar la miseria del moribundo.

A fuerza de cuidados se pudo conseguir que el niño llegase á cumplir los siete años, saliendo poco menos que milagrosamente de no sé cuántas enfermedades. Pero ahora iba de veras; se moría sin remedio; cuestión de unas cuantas horas. Así lo habían declarado los tres mejores médicos de la capital después de larga consulta.

Cuando la conferencia hubo terminado, el padre del enfermo, un señorón de muchas campanillas, joven aun, pero ya calvo y de aspecto achacososo, se acercó á uno de los médicos, hombre de rudo aspecto, cara inteligente y bruscos modales:

—Doctor, no me oculté V. la verdad, por dura que sea.

—Jamás faltó á ella.

—Dígame, ¿no hay esperanza?

—Ninguna.

—¡Oh!... ¿Y no puede intentarse nada?

—Nada.

—Pero V. que ha hecho tantas curas prodigiosas, V. que...

—Yo no hago milagros.

—Usted, doctor, no puede figurarse mi angustia, mi desesperación. La madre de este niño murió al darle á luz; mis achaques ya los conoce usted; para mí ya no hay distracciones ni placeres. Este niño es toda mi esperanza... ¡Sálvele V., doctor, sálvele V.!

—El médico miraba al acongojado señor con no sé que especie de piedad despreciativa.

—¡Siempre lo mismo!—murmuró como si hablase consigo mismo.

—¿Qué quiere V. decir?

—Digo que hay hombres tan reñidos con la lógica que son capaces de pegar fuego á un edificio por los cuatro costados, y á renglón seguido desesperarse porque el fuego lo reduce á cenizas.

—Según eso, V. cree que yo...

—No es esta ocasión para meternos en filosofías... Aunque comprendo que será inútil, volveré—dijo el médico disponiéndose á marchar.

—Perdone V.—replicó el otro con cierta fingida arrogancia—, yo no puedo quedarme bajo el peso de una sospecha... Es preciso que V. me explique...

—Déjese V. de explicaciones.

—Usted ha querido decir, sin duda, que por abandono, por falta de celo, soy yo la causa de que mi hijo esté á punto de morir, y necesito demostrar á V. que se equivoca...!

—Pues bien—le interrumpió el doctor—; pen-

saba callar, pero V. me pincha y no soy yo hombre que sepa fingir. A ese niño V. lo mata.

—¿Cómo!—gritó el padre poniéndose lívido.

—Sí, V. lo mata—dijo el médico con tono áspero.— Ese pobre niño es el fruto podrido de las orgías, de los vicios, de las depravaciones de V. Los hombres como V. no tienen derecho á ser padres. Dé gracias á Dios porque se lo lleva.

—Es que yo ignoraba...

—¿Qué ha de ignorar V., hombre, qué ha de ignorar...? ¿Por ventura puede darse lo que no se tiene? Usted derrochó su salud, se quejó sin ella; á cambio de bajos placeres, se convirtió V. en lo que es ahora... ¡Y quería este hombre que su hijo sea sano y robusto!... No, amigo mío, Dios es justo porque es implacable; su ley es la lógica.

—¡Justo, y hace pagar á un inocente mis culpas y mis vicios!

—No; él descansará bien pronto. Usted, en cambio, tendrá siempre el remordimiento de haberle engendrado, y cuando vea V. ricos ó pobres, lujosamente vestidos ó rotos y descalzos, muchachos robustos, hijos de padres sanos y vigorosos, sentirá V. envidia que le comerá las entrañas. He hablado demasiado; lo que he dicho no es nuevo para V. Con más rudeza que yo le habla la conciencia.

El médico calló, y el padre del niño, sin contestarle, fué á ponerse al pie del lecho del moribundo y con voz entrecortada por los sollozos murmuró desesperadamente:

—¡Perdóname, perdóname!

ZEDA

EL SUFRAGIO UNIVERSAL Y LA CLASE OBRERA

ERENTE al apotegma «El Estado soy yo», síntesis del sistema político absolutista, impera hoy el principio de que «la soberanía reside en la nación». Mas para que tal principio sea un hecho y no una frase sonora, es menester que la ley consagre el derecho de todos los ciudadanos á intervenir en la vida pública, y que, consagrada esa facultad, se practique por los interesados en ella.

El sufragio universal representa la verdadera nacionalización de la soberanía en cuanto implica llamamiento de los miembros de un país al ejercicio de la función social más importante, cual es la creación de las leyes, siendo la papeleta electoral el título representativo de la coparticipación del ciudadano en la vida del Estado nacional.

Numerosa la clase obrera, mediante el ejercicio del sufragio puede ser dueña del Poder político, implantando así la soberanía del trabajo. El 1.º de mayo es un triunfo transitorio de ella; con el voto es posible convertirlo en definitivo, merced á la conquista gradual y continua de los Municipios, Diputaciones provinciales y Parlamento.

Ricardo OYUELOS

Paz ó guerra.

QUE la fuerza en su expresión material es un argumento poderoso en las relaciones humanas, lo demuestra la Historia, lo ven nuestros ojos y ningún cuerdo lo desconoce. Que entre los adversarios de cualquier orden haya de ser la fuerza material el único modo de relación, es afirmación tan irracional como temeraria. El empleo de la fuerza repugna unas veces á la razón; otras á la conveniencia. Lo que puede lograrse sin violencia, ¿á qué confiarlo á la fuerza? ¿Cómo el débil podrá entablar competencias de fuerza con el poderoso?

En la lucha de clases, en la formidable contienda entre capitalistas y obreros, aquéllos defendiendo los medios productivos que les da el imperio del mundo, éstos procurando la socialización de los medios de producción para emanciparse de la tiranía del salario; *substratum* los unos hoy del espíritu conservador y los otros del espíritu de progreso, yerran igualmente los que quieren resistir siempre con la fuerza como los que con la fuerza quieren agredir constantemente.

Aunque el proletariado forma el mayor

número, ¿no es hoy, en esta contienda, el más débil? Pudiendo aprovechar medios pacíficos para crecer, organizarse, lograr victorias parciales que le den mejores condiciones para campañas nuevas, ¿será cuerdo que, con actos de fuerza, provoque las del contrario y le dé pretexto para destruir, en un día, el fruto de la elaboración de muchos años? ¿No es criminal derramar ó ser causa de que se derrame sangre proletaria cuando aún esta sangre ha de caer sobre un terreno infecundo?

Suicídese el que quiera. No se lance á la muerte á los que viviendo pueden ser más útiles á la buena causa.

Hay quien sólo ve revolucionarios en los que predicán á toda hora sangre y exterminio. El radicalismo está en las ideas que se profesan y en la eficacia de los procedimientos, no en la violencia de la expresión ni en la provocación de sacrificios estériles.

La obra emprendida por la clase trabajadora es gigantesca. Las resistencias que ha de vencer formidables. Por mucho que los furiosos aprieten los dientes, la fortaleza capitalista no se ha de conmovir lo más mínimo.

En las contiendas parciales económicas ó políticas, el Socialismo logrará victorias siempre que emprenda campañas proporcionadas, no á su deseo ó á su coraje, sino á sus fuerzas reales y efectivas. La gran victoria final, que precederán acontecimientos y mutaciones que el velo de lo por venir oculta, no podrá nunca realizarse hasta que las fuerzas socialistas organizadas y la clase trabajadora que la sirva de asiento, alcancen nivel moral é intelectual y fuerza positiva para apoderarse momentáneamente y por sorpresa, no ya del poder político, sino para fundar lo que es más importante y sostener una nueva sociedad en lo económico, en lo político, en lo moral; un nuevo modo de vida civil, una anatomía y una fisiología social nueva.

Lo cuerdo, puesto que el Socialismo es aun débil, es organizarse, vigorizarse, crecer, extender el movimiento y hacerlo sólido é intenso. Paz y organización es nuestra consigna, como se ha dicho. Nuestro entusiasmo, campo tiene en la propaganda, la organización y educación socialista para explayarse. Llevemos la paciencia y aun el sufrimiento hasta el límite, y sólo obligados y sin salida hircamos, si otro remedio no nos queda.

Nos dicen que los golpes violentos logran por el terror lo que no conquista la razón. Verdad; pero cuestan tan caros, que debemos dejar á los desequilibrados esa tarea, hasta que sólo la razón y el éxito nos muevan á la guerra si la guerra es necesaria.

La experiencia abona estas verdades. En breves años la fe, la constancia y el buen sentido han hecho del Socialismo en España una fuerza política eficaz. Con orgullo puede el Partido Socialista proclamar que para lograrlo no ha vertido ni hecho verter una gota de sangre.

¿Qué sería el Socialismo si cuando los socialistas se contaban con los dedos hubiéramos practicado la política de destrucción? Algunos fusilados, algunos agarrotados más. ¿Qué fruto? Atrincherarse más y más los partidos de la reacción.

¿Es esto afirmar que siempre y en todo caso hemos de ser inofensivos? El Partido Socialista es un partido de hombres. Tiene instinto de conservación, pero sabe sus deberes. Nada menos resistente que los gases; y los gases, si la presión excede de ciertos límites, explotan con estrago rompiendo los obstáculos á su natural fuerza expansiva.

Dr. Jaime VERA

22 abril 1901.

Los que observamos la vida para inspirarnos en ella y á veces copiarla escribiendo cuentos y novelas, no podemos menos de sentirnos atraídos con fuerza

irresistible por los que sufren las consecuencias de los errores y las maldades sociales. La miseria, el hambre, el dolor en todas sus manifestaciones, estudiados acaso al principio sólo como elementos artísticos, se apoderan pronto de nuestro espíritu, y las obras que quisimos que fueran meros estudios del natural, en fuerza de sinceros, acaban por ser documentos del proceso contra el egoísmo de los poderosos.

Por esto la literatura contemporánea es revolucionaria; porque en ella se condensa la protesta del oprimido contra el opresor.

Esta misma sinceridad nos autoriza para decir á los trabajadores verdades que en otros labios parecerían sospechosas. Y una de estas verdades puede ser la siguiente: Que hacen mal, muy mal, en preocuparse sólo del problema económico. Si el elemento obrero quisiera intervenir en las luchas políticas, su influencia sería en seguida grandísima y de aquí á pocos años acaso decisiva.

Para que los trabajadores se persuadan de ello basta la consideración siguiente: Si de igual modo que se organizan para resistir contra la tiranía del capital se organizaran para ejercer el derecho de sufragio, ¿qué gobierno podría luchar con ellos?

Jacinto OCTAVIO PICÓN

AYER Y HOY

¿QUÉ diferencia de un día á otro! ¿Qué corto el tiempo transcurrido y qué largo el camino recorrido! Hubo un tiempo, no muy distante, en que podíamos contarnos con los dedos de las manos; en el que ser socialista era una excepción en una sociedad que no pensaba en los grandes problemas de la humanidad para aplicarse exclusivamente al egoísmo más refinado; en el que el obrero era considerado como un paria á merced de las fuerzas del capital que explotaba su salud y su fuerza. A otros tiempos otras costumbres; á otras ideas, diferentes procedimientos; y si los que empleaba la esclavitud del capital no han variado mucho todavía; se hace sentir ya sobre él la fuerza inmensa del obrero asociado, que romperá en día no lejano las cadenas que le oprimen.

Y es muy significativo que, siendo de ayer, llenemos el mundo y nuestras ideas dominen todas las conciencias.

Dr. REVILLA

LECCIÓN

Un mendigo, al pie de un árbol, pedía con triste voz á las gentes que pasaban una limosna por Dios. El mendigo era un obrero que no encontraba labor, porque el exceso de brazos le quitaba la ocasión. Allí arriba, en una rama, un pájaro que le oyó le preguntó:—¿Por qué pides? ¿Por qué pretendes favor? —¿Por qué?—contestó el mendigo.— Porque desgraciado soy, y me pone el hambre dura en tan triste situación. —¿Conque el hambre? ¡Pobrecillo! Nunca he recurrido yo á tal extremo, y soy libre y disfruto á mi sabor. ¿Eres hombre y necesitas mendigar?... ¡Eso es atroz! ¿Y por qué llaman al hombre el rey de la creación?

Alvaro ORTIZ